

«snap out of it» into conventional action, and accepted her limitations, just as I began to accept that her pains and illnesses might be real, not imaginary. Appreciation washed over me for the skillfull, incremental repetition of phrases and images that gradually acquired new meaning. By the final pages, turned as avidly as any in recent years, I was steeped in the narrator's gradual realization that she had not avoided life, but chosen a life that kept her from death, from the need for suicide or other, slower self destruction. Her bags of prescription medicines and endless laps of the pool in the end were no more pathetic than the survival strategies most of us employ every day. She, like the novel, appeared much more ingenious after scrutiny than on first view.

*Una vida inesperada* ultimately delivers an unexpected novel, through an intricate narrative process in which, as in life itself, the importance of events can only be understood in retrospect. Just as we may be surprised to discover depth and loveability in an initially off-putting person whom we have nevertheless taken the time to know, we who persist here are sure to be overtaken by the pleasure of the text. Like the narrator, we know, «no hay nada mejor que estar leyendo un libro interesante... lo que consuela y lo que reconforta» (205).

Purdue University

PATRICIA HART

Javier García Sánchez. *La vida fósil*, Barcelona, Ediciones B, 1996, 365 pp.

Cualquiera que haya frecuentado la literatura de Javier García Sánchez sabrá que es un escritor tan apasionado (le gusta recordar la máxima hegeliana que afirma que sólo de la pasión puede nacer algo grande) y sincero, como arriesgado y ambicioso. Y aunque todas esas características no aseguran la calidad de una obra, entre su ya abundante producción literaria, cuenta con aciertos como *La dama del viento sur* (1985), *Última carta de amor...* (1986), *El Alpe d'Huez* (1994), sin olvidar un puñado de buenos cuentos. No es poco si aceptamos el segundo juicio valorativo y no olvidamos el primero.

*La vida fósil*, su nueva novela, está compuesta por el torrencial discurso de un quiosquero de cincuenta años que, desde el solitario reducto en el que desempeña su trabajo (un quiosco llamado «Europa» y enclavado en una estación de trenes, en el que se expende prensa, tabaco y chucherías varias), como si se tratara de un encuadrado puesto de observación, perora contra todo. Así, se nos muestra su concepción binaria del mundo y sus conflictivas relaciones con su peculiar familia, sus clientes, con el mundo en general y consigo mismo.

Plantea el texto diversas cuestiones de sumo interés. Llama la atención, en primer lugar, el punto de vista que adopta: una primera persona disfrazada de tercera. Quizás el discurso hubiera funcionado mejor

como la perorata, en primera persona, de un individuo víctima de su familia, de las mujeres que componen su entorno familiar, que está contra el Estado y contra sus semejantes. Al disfrazar el punto de vista, lo que gana en distancia creo que lo pierde en fuerza y virulencia. Al no dejar títere con cabeza, tampoco debe sorprendernos, al respecto, que se comente de un epitafio clásico que era «tan impersonal, tan correcto. Tan en tercera persona» (p. 147).

No menos sugestivo es que, desde los paratextos al discurso del quiosquero (oficio que, por cierto, desempeñó el autor durante un breve periodo de tiempo), la novela se fundamenta en una determinada tradición cultural. Así, empieza con una significativa cita de Schopenhauer («El absurdo clama a gritos») y acaba con otra de Novalis («Vivimos en una novela colosal»), autor al que se alude en el texto como el «ídolo secreto» del protagonista. Sin olvidar la doble invocación al pintor romántico Friedrich, el apasionado por excelencia.

Pero, sobre todo, por estas páginas planea una versión optimista de las ideas de Cioran y Beckett (recordemos la fósil inmovilidad de sus personajes), que no sólo dejaron menos resquicios aún para la esperanza, sino que fueron más lejos en su nihilista concepción del mundo.

Quizá lo que mejor defina la personalidad de este singular quiosquero, más que su «vida bovina», «vegetal», sea su amor por las palabras, pero también el reconocimiento de que no ha vivido, su fracaso familiar y profesional, las paradojas sobre las que construye su existencia y sus ideas sobre las mujeres, sobre la sexualidad. Alguno de estos pensamientos llevan a un acerado análisis de las relaciones familiares, de los sustanciales cambios que se han producido en la tiránica convivencia a que a veces aboca la existencia. Llama también la atención sobre la todavía infinita distancia entre el mundo masculino y el femenino y da una visión penosa, patética, de las ideas que aún baraja el hombre sobre las relaciones sexuales.

Su fracaso como artista, como pintor y escritor, da pie, lo que no es nuevo en la obra de García Sánchez (lo encontramos, por ejemplo, en algunos de los relatos de *Crítica de la razón impura*, 1991), a una reflexión metaliteraria, a la defensa de una poética (pp. 146, 156, 291, 350...), de una concepción del hecho literario que, en lo sustancial, no es difícil compartir. En ella apunta contra aquellos que más que a crear aspiran a triunfar y defiende una obra profunda, ambiciosa y rigurosa, no destinada al gran público. O lo que es lo mismo, unos libros que vivan los lectores, que no olviden, que los perturben, que los marquen para siempre.

No menos significativas parecen las grandes paradojas entre las que transcurre la vida del protagonista. Si al contraste entre la casi inmovilidad física (a la que lo obliga su trabajo) y su actitud pasiva, y la constante elucubración mental, le sumamos su incapacidad para enfrentarse a los demás, lo que le impide una pertinaz autocrítica («se devora a sí

mismo con tal de no liarla con los demás», p. 349), la conclusión es de un pesimismo absoluto, pues, muestra un mundo tan estrecho como ajeno, en el que sólo se puede aspirar a la supervivencia. No menos paradójico es el pánico que le tiene al sexo, a las mujeres, a las que considera raras, sobre todo si tenemos en cuenta que se muestra como el típico «salido» (en expresión del texto). Así, el personaje se presenta como algo sin sustancia, como un perdedor, como un pelele con una vida vulgar y un pensamiento torturado. De tal forma que esa dicotomía y contraste entre la vida interior y la exterior recorre, como una columna vertebral, toda la novela.

Su fascinación por las palabras, su manía clasificatoria, su pasión por las siglas, su afán de entomólogo son otros rasgos de su peculiar personalidad. Aunque lo más desazonante sea el panorama humano que describe, desde las diabólicas mellizas (que, por cierto, no desempeñan un papel tan importante en la novela como para concederles la portada, aunque la foto de Diane Arbus sea de lo más inquietante), a *Soplillo*, el joven subnormal, o a la drogadicta *Coral*, o a esa nueva corte de los milagros que componen los jubilados que pululan por los aledaños del quiosco.

Vuelve García Sánchez, una vez más, a cargar contra esa «intratable realidad» que tanto detesta, contra una crítica que le produce pesadillas (son palabras suyas), que no acaba de comprender sus ambiciosos afanes literarios. Como Arno Schmidt, como otros muchos escritores, piensa que los críticos son los «sempiternos aguafiestas», los «parásitos del espíritu». Tan tópica como simplista, dicha opinión debe tener su origen en lo mucho que le está constando abrirse camino, en que cada novela —a pesar de haber obtenido un premio de narrativa tan prestigioso como el Herralde— se convierte en un nuevo examen, que debe tener la sensación de no acabar de pasar tan airoso como desearía. Por si de algo sirve que lo señale, para mí, el balance de su obra, en conjunto, es positivo. ¿De cuántos, de aquellos que frecuentan los medios con el marbete de escritores, se puede señalar lo mismo?

Universitat Autònoma de Barcelona

FERNANDO VALLS

Miguel Sánchez-Ostiz. *No existe tal lugar*. Barcelona, Anagrama, 1997, 273 pp.

Premio de la Crítica 1998, la última novela de Miguel Sánchez-Ostiz nos introduce, de entrada, en un mundo próximo al universo de Juan Marsé (cf. «la memoria soy yo», p. 70) donde la «mentira verdadera» y la «verdad mentira» se entrecruzan inextricablemente: «En estos años de vivir de prestado, de vivir fingido, he contado tantas patrañas que poco puede importar un embuste más. Poco puede importar si buscando una verdad, la mía, doy otra vez en la patraña. O si contando mentiras me